LOS POLÍTICOS LOCOS.

SUEÑO SEGUNDO.

Reflexionaba yo sobre el refectorio de los locos, en que presencié la sangrienta batalla entre liberales y serviles, y en la que me tocaron algunos golpes de chanfaina; cuando un hedor penetrante de lana quemada me hizo sacudir mis miembros soñolentos, por buscar la causa, temiendo un incendio: me paro, y veo tan cerca de mí el origen del mal, que por poco alboroto la casa con descompasados gritos, pidiendo favor y auxilio, al ver arder mi esclabina, con la que estaba yo tapado en el sueño anterior, y en la que introdujo el fuego un cigarro encendido que tenia en la mano al dormirme; pero me contube al palpar la lebedad del daño, por la facilidad del remedio. La arrojé al suelo, y con los pies, logré cortar el estrago, aunque el ahujero que se hizo en ella bastante visible, por ser blanca, será un monumento indeleble de aquella funesta noche, y una marca que por todas partes dé á conocer al soñador de locuras, á pesar de los que quieren apropiarse sus producciones.

Libre del susto, ya no pensaba en escritores, bien fuesen locos ó cuerdos; sino solamente en dar trazas para remendar mi esclabina, cuyo remedio consideraba lejos por hallarme escaso de monedas; mas los benignos Dioses, compadecidos de mi triste situacion, determinaron poner fin á mis males, embiandome al efecto al hijo de la noche y hermano de la muerte, acompañado de su ministro Morfeo. Se presentan á mi vista, y en el mismo instante ciñiendo á mis sienes una guirnalda de adormideras y veleño; lánguidos segunda vez mis miembros, y torpes mis sentidos, me vuelvo á entregar irresistiblemente al sueño.

Pero ¡cual fué mi sorpresa al hallarme otra vez en la misma casa de locos que antes! Yo, me decia á mí mismo; nó, ya no me he de engañar, la primera vez que ví esta casa soñaba, y ahora sin duda tambien estoy soñando; mas tentandome los ojos, que sentía abiertos, y dando algunos pasos adelante, casi me determinaba á creer que estaba despierto, cuando un gran bullicio me anuncia que salen del refectorio los locos, aunque sin dar ya señales de la pasada contienda. En efecto, me uno á ellos, y no puedo menos que admirar el infatigable celo de los misioneros serviles: ellos, aunque ya roncos de tanto grito, no por eso dejaban de clamar, y clamar en el desierto, por el poco fruto que recojian de sus predicaciones: ellos aseguraban, que al fin lograrían propagar por todo el mundo su doctrina, á pesar de verse perseguidos y burlados de los liberales; y ellos en fin, á boca llena apellidaban á estos *jacobinos*, *fracmasones*, y decian de ellos, no se cuantas otras cosas dignas todas de sus labios. Uno al acabar su sermon con la cuarteta de estilo, sonó su campanilla, y comenzó con voz lastimera, á exortar á sus oyentes para que contribuyesen con sus limosnas á formar una estatua del martir del servilismo; el *Fernandino Constitucional*, que habia muerto por los *cuartazos y coscorrones* de la mañana. No faltó del concurso quien hechase algunas cuartillas en la alcancia, que para el efecto traia prevenida el orador. Yo ví á una beata muy gorda, cuya robustez disimulaba las sendas disciplinas con que mortificaba sus carnes, que entre suspiros y sollozos sacó del santo hábito una molleja de gamuza negra, depósito de algunos cobres, y al dar un octavo al misionero, toda bañada en lágrimas esclamó: "Santo mio, dignate por quien eres colocarme á tu lado en el Paraiso, y cuanto antes hazlo, para no ver ya mas á estos herejes constitucionales, que están corrompiendo el mundo con su doctrina liberal: amen." y persignandose devota por evitar las tentaciones, se procuró separar de la concurrencia.

Bien se hecha de ver que la puerta del refectorio estaba en el patio de los *locos liberales*, pues á poca distancia de ella se colocó un *Indio*, que se llamaba *Constitucional* vestido con el antiguo y vistoso trage de los na-



turales de Méjico. Este, dirigiendo la palabra á los suyos, despues de recordarles la miseria y abatimiento á que estubieron condenados por tres siglos, se congratulaba con ellos, y entre los transportes de su gozo, *mudasteis de fortuna*, les decia: *sois libres*: *murió el despotismo*, y vuestras virtudes cívicas serán premiadas cual merecen. Mas cauto era sin duda otro, que con el mismo traje estaba mas allá, cuyo caracter era *la sensibilidad*, aun tambien se decia *Constitucional*. Este, desconfiado por lo que sucedió antaño con la Constitucion, convidaba á todos los habitantes de américa, para que unidos, *no dejasen ir por segunda vez de sus manos la ventura*; y aunque eran tan distintos los fines de ambos, no pudo menos que causar celos con su nombre al primero, que sin duda pensaba ser el único indio constitucional del mundo, y encomienda á su ayuda de cámara Y. R. G. que forme su apología impugnando al otro. En efecto, armado de una bula Pontificia, y con el título de *Amigo de los Indios*, defiende á su amo de lo que jamas le habian impugnado, y acaba su discurso, dirigiendo la palabra al otro indio, á quien llamaba usurpador por haberse llamado *indio*, y *constitucional*, y aseguraba bajo su palabra de honor, que hay una ley que prohibe el tener iguales ideas. Aquí sí, que no pudieron contener la risa los espectadores, tanto, que por el bullicio ya apenas se percibieron sus últimas palabras, en que hablaba de la octava, que sin ser suya, habia recitado el *Indio sensible*, ó *el segundo Constitucional*: Ella á la verdad, no era tan despreciable, por lo que fue lástima que el apologista no la hubiese analizado, manifestando de esa manera sus adelantos en ese ramo de literatura. Acabó, y viendo su amo que el otro indio no hacia caso de estas impugnaciones, pronunció un segundo discurso, que no mereció los mismos aplausos del primero, porque á pesar de que tenia su mérito, fué inferior al que habia dicho antes: el asunto que se ha propuesto es digno de seguirse, por lo que le suplicaban todos los concurrentes no abandonase lo empezado. En esto estabamos, cuando oimos sonar las campanas, pero de modo tan estraño, que nadie atinaba si era repique, doble, vacante, queda, ó estacion, y al mismo tiempo, se percibian unas descompasa-

das voces venidas del campanario, contra aquel que en la mañana estaba pensativo, dirijiendo la máquina eléctrica. Inmediatamente corrió la noticia de que un loco servil se habia apoderado del Campanario, y era la causa de aquella algarabia. Desde este instante perdieron el respeto al tal *Pensador*, y le comenzaron á gritar tales picardias, que se tapaban los oidos, los que los tenian castos: le rompieron *su Conductor eléctrico*, y perseguido por todas partes, se refugió al campanario donde estaba su competidor, y apoderandose de las campanas, hechó un *repique bruzco*, con el que llamó la atencion, y en seguida dió una *rociada* á sus enemigos, de la que no salió muy contento uno que se decia *Chirrion*.

Mas adelante estaba una barberia, y su patron tenia discretísimas conversaciones con su marchante, y era tal su entusiasmo, que muchas veces se le iba la mano lastimandole los carrillos. Cerca de la puerta se hallaba otro loco liberal, que tirando la montera, esclamó con vigor: *Es amarga la verdad*; *pero es forzoso decirla*, y pronunciando un valiente discurso contra el fanatismo, tenia embelesados á sus oyentes. Aun no acababa, cuando pasó por allí un personaje servil, seguido de muchos criados que le hacian paso entre la muchedumbre; y estando ya inmediato á nuestro liberal, interrumpió éste su oracion y le hizo una profunda reverencia. No pudo menos de sorprenderme semejante procedimiento en un hombre tan valeroso y arrojado, sucediendo lo mismo á otro de la concurrencia que le dijo: Señor mio, ¿que significan esas su[illegible]nes? Y el loco dando un profundísimo suspiro respondió: *Que manos besan hombres, que quisieran ver quemadas*. Seguia éste hablando sobre la materia, cuando se nos aparece otro vestido de clérigo, y todos nos admiramos, conociendo que era el mismísimo ayuda de cámara del *Indio Constitucional*, que mudando de vestidos, traia una comision interesante: ¡bella transformacion! Luego que se presentó á nuestra vista supimos, que corriendo la fama de lo bien que desempeñó la defensa de su amo, le vinieron los despachos de *abogado de pobres*, y á pesar de que el Clero no tenia grandes esperanzas en tal patrono, pues sabe bien que

muchas causas justísimas se han perdido, por hallarse en manos de un mal defensor; él venia muy cargado de razon contra el *duende de los Cafés*, y segun me dijo un lógico que estaba á mi lado, despues de haber concedido las premisas al duende, le negó la consecuencia, infiriendose el silogismo; pero sea como fuere, él concluyó su defensa asegurando: *que el hecho de pretender* ser Diputados en Cortes, *solo probaría, tal vez, afecto á la Constitucion, y amor á la provincia por quien querian representar.* Muy bien, muy bien, Señor Bachiller, dijeron á una voz los oyentes, que antes estaban creidos de que los pretendientes de esta clase de destinos, son por lo comun los menos dignos de ocuparlos, y no faltó quien añadiera: que fundado en los mismos principios del impugnador del duende, si alguno desease representar en Cortes, repartiendo algunas monedas para llebarse á su favor la votacion, no haría mas que manifestar su patriotismo, liberalidad, *afecto á la Constitucion, y amor á la provincia por quien queria representar.*

Muy atentos escuchabamos estas máximas; pero nos interrumpió una horrible voceria que exitó al principio nuestra curiosidad, y despues nos llenó de miedo. Todos gritaban, todos corrian; y unos á otros nos estorvábamos, impidiendo la grande concurrencia ver el origen del daño y el modo de evitarlo: *Ay va la fiera*, decian unos: otros añadian, ¡*Jesus, que lo despedaza*! *Una tea lleba en la cola*, gritaba alguno por otro lado: aquel se encomendaba á Dios, éste aseguraba que habia empezado el incendio: gritos, sollozos, y lamentos; confusion, confusion solamente reynaba en aquella casa, y todos con los semblantes pálidos y elada la sangre, aguardábamos el último instante de nuestra vida, cuando apaciguándose un tanto la gritería, se oyó una voz que dijo: "*ya se fué*", y libres entonces del peligro, mutuamente nos dábamos el parabien, succediendo á los ayes un general palmotéo, y manifestando cada uno en sus voces y acciones, la alegría que se apoderó de su corazon en aquel momento. Pero ¿cuál sería la causa de aquel alvoroto? Unos decian que un tigre, otros que un leon, algunos que un globo de fuego bajaba del cielo, y finalmente muchos, que una *zorra con el rabo ar-*

diendo. Para informarme del suceso, me encaminé ácia aquel lugar por donde empezó el rumor, y llegué á él, aunque con trabajo, por la multitud de gente: allí supe que un loco liberal habia soltado una zorra, en cuya cola tenia atada una encendida tea para que abrazase á los serviles, entre quienes, segun me dijeron, causó mucho estrago. El que la soltó se paseaba satisfecho en un corto lugar, y de cuando en cuando se volvia á nosotros diciendo: "no hay cuidado, amigos: ahora empezámos, y han de ser trescientas". Que las aguarde quien quiera, dije yo entre mí, y procuraba separarme para salir de aquella casa, cuando dos loqueros robustos y de mal talante, de los que uno era *el Delator de una horrible conspiracion*, haciendose campo llegaron á nosotros y pillan á *Sanson*, que estaba descuidado. Hizo este alguna resistencia al principio; pero despues, quizá por reverencia al hábito que vestian los loqueros, se entregó á discrecion: todos lo seguimos, y por el camino repetia, á gritos: "temblad serviles, que ya se aproxîma el dia fatal: redoblad por último vuestros furores, que asi precipitais vuestra ruina, y entonces

Audiet cives acuisse ferrum
Quo graves Persæ meliùs perirent;
Audiet pugnas, vitio parentum
Rara, juventus. (*)

Yo, que no entiendo la paróla letina me habría quedado en ayunas, si no hubiese logrado tener cerca de mí un bachiller que picaba de poeta, y dijo que aquello queria decir:

Alguna vez la juventud, escasa
Por culpa de los padres, oirá atenta
Que empuñó el ciudadano el duro fierro,

(*) *Horat. Carm. lib. 1. Od. 2.*

En la mas desastroza civil guerra:

El duro fierro, que mejor sería

Emplear en destruccion del grave *Persa.* (*)

Punto menos que si fuesen latin se me hicieron obscuros estos versos; pero asi llegamos divertidos, despues de pasar por un callejon, á un patio de menos amplitud que los otros, y á cuya entrada se leia: *LOCOS FURIOSOS, LIBERALES Y SERVILES.* Bajo de los portales se veian muchas puertas, y á su inmediacion un boquete, tronera, ó ahujero por donde entraban la comida á los encerrados. En una de aquellas jaulas metieron á Sanson, y en la mas inmediata estaba un grupo de gente oyendo al pájaro de dentro. Este se llamaba *el doliente principal en las exequias de la inquisicion,* y yo mas bien le llamaría plañidera, pues su amargo llanto y dolorosos gemidos herian sin cesar los oidos de cuantos lo escuchaban: la angustia era su pan cuotidiano, y las lágrimas habian ya formado surcos en sus mejillas. Sus ayes eran interrumpidos á veces con tristísimas endechas, que si no su asunto, la destemplanda voz con que las entonaba, y el eco lúgubre de las bóvedas de la jaula hacian enternecer los corazones mas duros. Entre las muchas que le hoy, solo me acuerdo de las siguientes, y de que al fin de cada una interrumpian su canto profundísimos suspiros, que servian de intermedio:

Yo aquel que en otro tiempo

Fuí por mis altas prendas

De todos venerado,

Hoy solo soy llamado *Frai á secas.*

¿Y por quien? ¡Ay de mí! Por el mas impío de

(*) *Con este nombre son conocidos los Diputados que firmaron la representacion contra el sábio código, y en este sentido se puede aplicar á todos los serviles.*

los escritores, por el jacobino *Liberato Anti-servilio*, que segun opiniones, es el amolador *Homobono*, ¿y esto sufro? ¿Que motivos le dí para tanto desprecio? Ninguno, pues

Jamas comimos juntos
en mesones, ni fondas:
ni en tabernas bebimos
dulce licor en una misma copa.

Pero ya sé la causa: mi afecto á Inquisicion le mobió á disparar contra mí el rayo furioso de su ira: sea en buena hora, y no por eso vario de opinion: lluevan sobre mí sus anatemas. Y tú, alma bienaventurada del santísimo tribunal, recibe estas endéchas, parto de mi dolor en tu caída:

Tribunal santo y recto,
Tribunal venerable,
Tu los infamatorios
Libelos castigabas como nadie.
¿Y cuando á tí te infaman,
Faltará una alma grande
Que tu defensa emprenda?
Eso no: que yo vivo, y soy tu amante.

Así cantaba aquel loco; pero no puedo menos que admirar, que aun entre aquellos miserables no faltan corazones sensibles, que tomen parte en los cuidados de los otros. Asi es, que á la puerta de la jaula estaba *Homobono*, ó bien *un amigo de Liberato*, procurando conformar al *doliente* en su desgracia, enseñandole sufrimiento que es virtud muy cristiana: y repitiendo algunas verdades, concluia con este estribillo: *sufra V. pues, padre mio, que esto no es mas que insinuar.*

En la jaula inmediata estaba encerrado *Leopardo*, que escribió de Cayo-puto, al canoero *Moderato* creyendo ser el mismo *Liberato Anti-servilio*, de quien hemos hablado; pero como su manía era de igual clase á la de Fr. Bartolo, pasé adelante por no oir los mismos sarcasmos.

En la siguiente, se hallaba otro no menos rematado que los anteriores, y segun allí decian, lo trajeron desde Querétaro. Este afirmaba que á imitacion de Telémaco, habia bajado á los infiernos, donde se encontró con la Constitucion de la Monarquía Española, y por eso la llamaba *infernal*: ponia á los pobres americanos de vuelta y media, asegurando haber mandado á la Corte algunos ejemplares de de sus escritos, por los que aguardaba una mitra. ¡Lástima que haya acabado sus dias la Inquisicion, que las tenia hermosísimas, aunque con el nombre de Corozas! Por defuera estaba un *bachiller* de virrete con calzones de bragueta, chupin y chaqueta larga llamado, *Cándido Alesna*, que metía por el boquete una bara larga con punta de fierro, dando con ella sendos piquetes á su contrario, que al sentir el consejo bramaba como leon. No faltó un compasivo, (que se decia, *Vindicador del padre Gutierrez*), que interpusiese sus respetos con el bachiller, exortandolo á ser mas moderado; pero el tal Alesna no le hizo aprecio, y siguió en su tarea.

En la jaula de mas allá, era tal la griteria, y el bullicio, que no habria mas confusion en Babilonia. Estaba en ella *el Liberal*, dirijiendo la palabra *á los bajos escritores*. En buenas manos está el pandero, (dicia yo entre mí), y no me engañaba, pues apenas corrió la voz de que á ellos hablaba el liberal, cuando de tropel se agolpan sobre la puerta para sacarlo y hacerlo pedazos; pero frustrados sus intentos, se contentaban con multiplicar denuestos y y maldiciones, pidiendo justicia á los cielos contra aquel desaforado. Unos alegaban derecho de preferenca por haber salido de su jaula á desoras á combatir con su enemigo: otros fundaban su mérito en luchar estando enfermos: quien decia, habia dado principio al ataque *á las dos de la mañana*: quien, que *á las once de la noche, rodeado de enfermedades y ocupaciones*: y finamente era tal la vocería de aquellos *bajos escritores*, que si pensase en responderles, no

tendría por donde comenzar, siendo tantos, que solo á gritos y sombrerazos son capaces de acabar con él.

No menor alboroto causó otro, que estaba mas adelante, que aunque no lo vimos por estar, como los anteriores, dentro de la jaula; pero varios de los espectadores afirmaban, que lo conocieron de cuerdo, dando tales señas de él, que solo consideradas nos hicieron reir á caquino suelto. Dizque es un chaparro, tripon, de mas de media edad, sus ojos encendidos, y la sangre que parece brotarle por los poros de la cara, son suficiente indicio del mucho vino, que ha bebido en esta vida, aunque otros aseguran, que estos colores los debe á la grana de Oaxaca: á apesar de que tiene las narices muy largas, no por eso huele mucho, pues son muy carnosas, y las gruesas costras de rapé siempre pegadas á ellas, han embotado las fibras, órganos del olfato. Su vestido ridículo no desdecia de las bellas proporciones de su cuerpo. Casacon á la antigua, calzones de pretina, chupin, y zapatos de la cucaracha con evillas guarnecidas de piedras: su peinado de tupé, pantominas y bucles, daban cierto aire de dignidad á su blanco cabello, y un sombrero de tres picos corona la estraordinaria figura. ¿Y quien es este, ó que ha hecho? Preguntaba yo: á lo que me contestó un *noticioso*, que es *M.* autor del suplemento al núm. 741. Malo dije entre dientes: este está endemoniado mas bien que loco; y á este tiempo comenzó á dar voces desde dentro, llamando *injusta é impolítica* á la sábia Constitucion, por haber declarado la igualdad de derechos entre los españoles americanos y europeos: decía que los primeros son *ineptos para ocupar los destinos de su pais*: que el gobierno antiguo fué justísimo, y...... pero ¿para que referir sus infinitos desatinos? Baste solo saber, que daba saltos en su jaula, y corria de un estremo á otro, pidiendo cuchillos, por que *debiamos acabar matandonos con ferocidad unos á otros, pues ya se hallaba entre nosotros la anarquía.*

Combatian por fuera sus errores varios, entre los que mas se distinguian un filósofo con *sus reflexiones interesantes, un religioso constitucional*, que desde aquella fecha enmudeció, *un defensor de los americanos*, y otro que con

mucho juicio, dió á luz una *Incitativa*, en que pone de asco al furioso.

Ya aturdido con tanta multitud de objetos, solo deseaba yo salirme de aquella casa; pero la grande concurrencia, y el poco conocimiento de aquellos lugares me impedian cumplir mi deseo. Divisé una puerta que conducia á otro patio, y pensando ser la misma, por donde habia entrado, me acerqué á ella; pero ¡cual fué mi admiracion al encontrar un *centitela*, que á unos dejaba pasar, y á otros no! Alcé los ojos, y ví sobre la puerta escrito: *Locos imparciales*. Estos son los peores sin duda, le dije á mi capote, y viendo que en aquel patio no habia tanta gente determiné entrar, por ver si allí se facilitaba mas mi salida. Me llegué al *centinela*, quien me preguntó ¿qué era yo? A lo que contesté: ¿y V. que me lo pregunta, quién es? Yo soy el de *Noche bea*, me respondió, y nadie puede entrar aquí si no es imparcial. ¡Oh! pues yo soy, le dije, y entonces me dejó pasar. Poco despues que yo entré, abandonó su puesto, y formó un *juicio imparcial* sobre las cosas del dia muy digno de su cabeza. ¡Que halajas habia en el patio! El centinela, el *Teologo imparcial*, y toda la runfla de poetas, pues aunque por lo comun, son los mas parciales del mundo, con todo, ellos se predican imparciales, y fueron colocados en aquel departamento, por ser el menos concurrido, y buscar ellos la soledad. Habria estado muy divertido entre aquellos locos alegres, si la cercanía de la noche, y el cansancio, no me hubiesen impelido á buscar la salida. Al frente de la puerta por donde entré, estaba otra á la que me encaminé por salir, y con grande gusto mio, ví que era el departamento de los *LOCOS SERVILES*, que es el mas próximo á la calle; pero todo mi gozo se convirtió en pesar y susto, al oir las funestas voces que allí corrian. Es el caso, que viendo el presidente de los serviles el poco fruto de las misiones, espidió un convocatorio á todos sus ministros que se hallaban esparcidos en los demas departamentos. Al punto se reunieron todos en aquella misma sala donde se habian enmascarado, y se celebró un concilio para determinar cuales debian ser sus procedimientos ulteriores. Despues de largas discuciones, se acordó unanimemente hacer á cara

descubierta la guerra á los liberales. Dejaron las máscaras, y armados de pistolas, cuchillos, sables, mojarras, y de cuantas armas se pueden conducir bajo la capa, y en las bolsas; salieron resueltos á acabar los liberales. Como en la concurrencia se sabian de positibo tan funestas noticias, todos andaban pálidos, corriendo sin saber donde, y colocándose algunos en los puestos elevados para ver sin riesgo la refriega: todo anunciaba un próximo rompimiento; y yo, naturalmente tímido y cobarde, no hallaba un lugar bastante seguro donde esconderme, cuando hete aquí, que llegandose á mí un corpulento servil, me toma del cogote, y preguntandome á qué partido pertenecia, saca con la mano derecha un relumbroso puñal, á cuya vista, elada mi sangre, atravesado un nudo en mi garganta, y entorpecida la lengua, no podia responder al filisteo, con las pocas fuerzas que me quedaban luchaba por salir de entre sus garras, y á mis esfuerzos, rodé del sofá en que estaba yo acostado, dando con mis costillas en el suelo. El golpe fué furioso, y al dolor, desperté del sueño mas terrible que jamas hé tenido.

¿Y esto solo será sueño? ¡Triste América!..... ¡Infeliz patria mia! tú naciste para ser esclava, y tus hijos seguirán forzosamente tu suerte desgraciada. Mientras no se fije la opinion, mientras haya partidos entre tus habitantes, y mientras sus intereses sean opuestos, cada instante que pasa, es un escalon que te conduce al humbral de la guerra mas desastrosa. Aun es tiempo de conjurar tan funesta nube: unámonos todos, españoles europeos y americanos, y entonces ¿á quien temerémos? Serémos invencibles, y la abundancia derramará sobre nosotros su rica cornucopia.

J. M. R. H.

MEJICO: 1820.

Oficina de D. Alejandro Valdes, calle de Santo Domingo.